

FRANCO CON FRANQUEZA

**ANECDOTARIO PRIVADO
DEL PERSONAJE MÁS PÚBLICO**

José María Zavala



JOSÉ MARÍA ZAVALA

Franco con franqueza

Anecdotario privado
del personaje más público

www.megustaleerebooks.com

Citas memorables

Yo tengo por Franco un gran afecto y admiración.

JUAN CARLOS I

Mi adhesión a Franco y su obra es inquebrantable.

ADOLFO SUÁREZ

Franco seguirá con nosotros por los siglos de los siglos.

TORCUATO FERNÁNDEZ MIRANDA

Dios ha bendecido a Franco, nuestro Caudillo y padre.

CAMILO JOSÉ CELA

Agradecimientos

«De bien nacido es ser agradecido.» Tampoco en este nuevo libro quebrantaré esa norma de elemental justicia, empezando por mi pequeña-gran «familia editorial» de Plaza & Janés, integrada por David, Emilia, Alberto, Nuria y Leticia. Son ya muchos años trabajando con este magnífico equipo de personas y profesionales.

Mi agradecimiento también a José María Castañé y a la Fundación que lleva su nombre, por permitirme consultar su inmenso tesoro documental sobre Franco y la Guerra Civil española en particular.

Y como siempre, mi sempiterna gratitud a las tres personas que más quiero en este mundo: Paloma, Borja e Inés, cómplices de cada una de mis aventuras literarias.

INTRODUCCIÓN

Una historia distinta

Este nuevo trabajo de investigación no es una biografía más de Francisco Franco Bahamonde, el líder militar convertido de la noche a la mañana en el político que rigió los designios de España durante casi cuarenta años. No es una biografía suya ni pretende serlo en modo alguno.

Se trata más bien de un anecdotario privado, y como tal en muchos aspectos desconocido, del personaje español más público del siglo xx, por paradójico que resulte.

Abordar una biografía de Franco, desde su nacimiento hasta su muerte, sacando a relucir por enésima vez los principales sucesos y fechas que jalonaron su vida, carece a mi juicio de sentido e interés a estas alturas; sobre todo, cuando tantos ríos de tinta han corrido ya sobre el protagonista de estas páginas.

Desde Luis Suárez hasta Paul Preston, pasando por Ricardo de la Cierva, Gabriel Cardona, Carlos Fernández, Juan Pablo Fusi, o más recientemente Stanley G. Payne y Jesús Palacios, cada uno de ellos con su óptica particular, han publicado biografías más o menos extensas del personaje con un orden cronológico.

Franco con franqueza, insisto, es un libro distinto por lo que ofrece de original en cuanto a contenido y estructura se refiere; aunque el fin sea el mismo: conocer mejor a un personaje sobre el que se cree saberlo todo, o casi todo.

Pero ¿sabía el lector, acaso, que los compañeros de colegio del futuro dictador en su Ferrol natal le motejaban «Cerillito» por ser tan delgado y poquita cosa? ¿O la verda-

dera relación con su hermano bastardo Eugenio Franco Puey, fruto de las veleidades amorosas del padre con una dulce manileña de tan sólo catorce años cuando él estaba a punto de cumplir los treinta y tres? ¿Conocía las circunstancias en que fue asaltado su domicilio particular en plena Guerra Civil española, el fusilamiento de su primo hermano el general Ricardo de la Puente Bahamonde con su insólita pasividad, o la identidad de los «generales malditos» bajo su régimen dictatorial?

¿Estaba al corriente de los pormenores de la relación con su primera novia Sofía Subirán, de la traumática pérdida de un testículo en la guerra de África, o de las dudas que suscitó luego este aciago suceso sobre la paternidad de su única hija, Carmen Franco Polo?

¿Había oído alguna vez que Franco ganó casi un millón de pesetas de 1967 con una quiniela futbolística de la Liga italiana, o a cuánto ascendía el importe de su última nómina como militar? ¿Sabía que él espío a la cúpula de Falange Española, incluida la hermana de José Antonio, en la inmediata posguerra, y que al parecer no hizo todo lo que pudo para rescatar a su fundador de la cárcel de Alicante? ¿Acaso no le resulta llamativo que entre los papeles secretos conservados a su muerte, el único referente a su hermano Ramón fuese un informe encargado por él mismo a la Dirección General de Seguridad en el que se denigraba a la viuda y a la hija del héroe del *Plus Ultra*?

¿Y qué decir sobre los escándalos silenciados durante su Régimen, como la retirada de Miguel Primo de Rivera, hermano de José Antonio, como embajador en Londres tras verse envuelto en un caso de flagrante adulterio? ¿O el tumulto financiero en que se involucró en Estados Unidos a Gonzalo de Borbón, nieto del rey Alfonso XIII, junto al sobrino de Nixon, el primogénito del presidente Roosevelt y el cuñado de Fidel Castro nada menos? ¿O el accidente nuclear en la Ciudad Universitaria de Madrid, en noviembre de 1970?...

Franco con franqueza pretender dar así cumplida respuesta a todos y cada uno de estos sugestivos interrogantes, que podrían agruparse muy bien en siete conceptos diferentes: la familia, las armas, amor y dolor, el gran rival, los «otros Franco», *baraka* y escándalos silenciados.

A partir de ahora, corresponde al lector juzgar si las historias relatadas en estas páginas contribuyen o no a conocer mejor a un personaje sobre el que, repito, se cree saberlo todo pero que en algunas facetas sigue siendo todavía un gran desconocido.

EL AUTOR,
en Madrid, a 24 de junio de 2015

1

«Cerillito»

No estoy muerto; pero ¡qué burros sois!

FRANCISCO FRANCO,
de pequeño, a sus hermanos
Ramón y Pilar

Francisco Franco Bahamonde, futuro Caudillo de España, dio sus primeros pasos en El Ferrol, donde había nacido el 4 de diciembre de 1892, a las 0.30 de la madrugada, en el tercer piso del portal número 108 de la calle de Frutos Saavedra, llamada antes calle de María.

Era un edificio de tres plantas con desván, cuyos bajos estaban alquilados a una señora modesta, de mediana edad, que vivía con su hija soltera.

Se decía entonces que las casas situadas en la misma calle, pero enfrente, pertenecían a la «acera de los tontos», pues su orientación al norte impedía que diese el sol y las familias que allí vivían se pelaban de frío en una época en la que nadie conocía la calefacción.

Francisco, a quien pronto motejaron «Cerillito» en el colegio por ser tan delgado y poquita cosa, residía en aquella casa con sus padres, Nicolás Franco Salgado-Araújo y María del Pilar Bahamonde (se intercaló la «h» después de su nacimiento) y Pardo de Andrade, desposados dos años antes de nacer él en la iglesia parroquial castrense de San Francisco, donde bautizaron también al neófito con cuatro nombres: Francisco, Paulino, Hermenegildo y Teódulo.

Al nacer Francisco, tildado también desde crío con el diminutivo de «Paquito», Ferrol era una pequeña base naval de apenas veinte mil habitantes, amurallada aún, que ni siquiera disponía de luz eléctrica sino de alumbrado de gas, carburo y lámparas de aceite.

El 3 de julio de 1898 Cerillito tenía aún cinco años cuando tuvo lugar en Santiago de Cuba la catastrófica derrota naval infligida por Estados Unidos. España perdió para siempre los restos de su imperio colonial: Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Evidentemente él, dada su corta edad, no tuvo entonces conocimiento del desastre, pero éste sí que apesadumbró a su padre y causó gran conmoción en una pequeña población con guarnición naval como Ferrol. Muchos compañeros de colegio de Cerillito perdieron a sus familiares y llevaron luto por ellos. Por la ciudad se vieron hombres mutilados durante mucho tiempo.

La pérdida de las colonias, y en particular de Cuba, tuvo al menos dos consecuencias trascendentales para el país: reforzó, por un lado, el movimiento regionalista en Cataluña, cuyas elites recelaron del gobierno de Madrid por considerarle responsable del desastre y de la pérdida consiguiente del mercado cubano tan vital para la economía catalana; y por otro, alentó en la oficialidad del Ejército español el firme propósito de poner fin al oprobio de la derrota con una aventura colonial en Marruecos.

De este modo, aun sin tener entonces conocimiento de ello, aquel suceso histórico tendría consecuencias decisivas en la vida de Francisco Franco.

La raigambre de los Franco en El Ferrol databa nada menos que de principios del siglo XVIII, cuando Juan Franco, natural de la localidad gaditana de Puerto Real, se instaló allí como maestro de velas de Su Majestad.

Su hijo, Tomás Franco de Lamadrid, siguió la estela de

su padre; igual que el hijo de éste, Juan Franco Viñas, contador de navío, grado equivalente al de coronel en el ejército de Tierra.

Del matrimonio de éste con Josefa Sánchez Freyre de Andrade nació Nicolás Franco Sánchez, casado en terceras nupcias con Josefa Vietti Bernabé. Precisamente el noveno hijo de Nicolás y primero de su matrimonio con Josefa, Francisco Franco Vietti, fue el abuelo de Francisco Franco.

En la detallada memoria de los Franco heredada de su padre Carlos Franco, Concepción Franco Iribarnegaray reseñaba los principales datos biográficos del abuelo de Francisco: Ordenador de Marina de primera clase e intendente del Departamento de Ferrol, nacido el 2 de mayo de 1830 y bautizado el día 5 en la iglesia parroquial de San Julián con los nombres de Francisco, Benito y Anastasio, de manos del presbítero Pedro Irigoyen.

Don Francisco Franco Vietti ingresó en el Cuerpo Administrativo de la Armada y fue autor del *Nuevo Prontuario de haberes de Marina*, texto muy utilizado en las academias de Administración.

En el dossier de Concepción Franco figura un dato curioso:

Aunque aparece [Francisco Franco Vietti] como hijo natural, sus padres estaban casados en reserva debido a las dificultades en el derecho de la viuda a pensión.

A este propósito, el doctor Francisco Martínez López, experto en la familia Franco, publicó un espléndido artículo titulado «Recuerdos y semblanzas de la familia Franco», en el número 20 de la revista *Ferrol Análisis*.

Recordemos, en este sentido, que el padre de Francisco Franco Vietti estaba casado en terceras nupcias y que tenía ocho hijos de sus dos matrimonios anteriores.

El abuelo de Francisco fue uno de los generales más prestigiosos del Cuerpo Administrativo de la Armada. Falle-

ció el 21 de septiembre de 1887 en Ferrol, a los cincuenta y siete años, siendo intendente con categoría de general de brigada.

En 1854, Francisco se había desposado con Hermenegilda Salgado-Araújo, con la que tuvo siete hijos, el primogénito de los cuales, Nicolás Franco Salgado-Araújo, fue el padre de nuestro protagonista.

Como no podía ser menos, Nicolás, nacido el 29 de noviembre de 1855 a las siete y media de la mañana, continuó la tradición familiar ingresando el 28 de enero de 1874 en el Cuerpo Administrativo de la Armada donde, tras cincuenta años de servicio, ascendió a intendente general, rango equivalente al de general de brigada.

Su hermano Antonio —tío paterno de Paquito—, educado en el colegio de los Padres Jesuitas de Ferrol, falleció con tan sólo catorce años tras recibir un fuerte golpe en la cabeza al caerse de un árbol. Horas antes, sus padres habían ido a buscarle al colegio para llevarle de excursión. El chaval subió a un árbol y en un instante ocurrió todo. Su padre, abuelo de Paquito, estaba fuera de sí, recriminándose a sí mismo y a su esposa la falta de cuidado.

De los seis hermanos de don Nicolás, padre de Paquito, los gemelos Eusebio y Paulino murieron también prematuramente. Eusebio no llegó a cumplir un año; Paulino, en cambio, falleció con veintisiete en altamar, mientras regresaba de Manila a España, el 2 de noviembre de 1894. Su cadáver quedó sepultado en el fondo de las aguas. Dicen que murió de «morriña», que entonces lo llamaban «pasión de ánimo». Se puso tan enfermo, que decidieron embarcarlo rumbo a Ferrol, pero el joven enamorado se apagó como una vela durante la travesía.

Cerillito residía así en su casa de tres plantas con desván.

Ferrol era entonces una ciudad remota y aislada, separa-

da de La Coruña por una ajetreada travesía que cruzaba la bahía hacia el sur, o por una intransitable carretera de poco más de sesenta kilómetros.

En aquel tiempo, Ferrol anhelaba salir de la crisis de la industria naval, que desde fines del siglo anterior no hacía más que generar desempleo y emigración.

El alcalde era entonces Demetrio Plá y Frige, que lideró un movimiento de protesta numantino contra el gobierno de Antonio Cánovas del Castillo, en defensa de los intereses económicos y empresariales de Ferrol.

El gobierno conservador llegó a declarar el estado de sitio más de dos semanas consecutivas, durante las cuales una comisión ferrolana se entrevistó con el presidente Cánovas, dirigiéndose luego a San Sebastián para trasladar sus reivindicaciones a la mismísima reina María Cristina de Habsburgo.

Finalmente, consiguieron que el Gobierno encargase a los astilleros ferrolanos una docena de calderas para el crucero *Pelayo*, así como otros proyectos de obras que garantizaron el empleo en la comarca durante varios años. Por si fuera poco, Cánovas ofreció al pueblo de Ferrol la construcción del ferrocarril Betanzos-Ferrol, y la de un nuevo cruce-ro.

Mientras Cerillito daba sus primeros pasos, la economía de su pueblo empezaba a despegar.

Socialmente, en cambio, Ferrol estaba sometido entonces a rígidas jerarquías en las que los oficiales de la Marina y sus familias constituían una casta privilegiada.

Pilar Jaraiz Franco, sobrina carnal de Paquito, lo explicaba con meridiana claridad:

Allí el que no era marino de guerra, o descendiente de marinos, estaba más o menos discriminado y era moneda corriente decir: «No podemos jugar con Amalita porque su padre tiene una fábrica de chocolates», o bien: «Con Mercedes no saltamos a la cuerda porque su familia tiene un bazar, o una ferretería». No importaba que estos establecimientos fueran de los más importantes de la ciudad.

Estas discriminaciones se me antojaban una especie de racismo, digamos profesional. Algo ridículo y antinatural, sobre todo si se tiene en cuenta que esa actitud se diese en niñas de siete a trece años. Quizá, pienso ahora, esta desagradable cuestión tuviera su origen en un exacerbado espíritu de cuerpo, exacerbado por los prejuicios sociales de la época y el estiramiento producido en ciertas gentes por los uniformes. No hay que eximir de culpa a las mujeres, pues éstas son las que están más cerca de los hijos y su educación.

La tirantez y la discriminación se extendían incluso a la propia Pilar Jaraiz, sobrina, esposa y nieta de militares:

Yo misma, tengo que decirlo, por ser hija de ingeniero de caminos, no era bien recibida entre las niñas como otras. ¡Y eso que mis abuelos y mis tíos pertenecían a la casta privilegiada!... He de insistir, ser hija de un civil, es más, de un no marino, constituía una especie de hándicap que situaba al sujeto en la última escala de valores infantiles.

Si la exclusión social afectaba a niños y jóvenes, las barreras de clase eran aún más abismales dentro de la propia profesión naval, en la que la intendencia se consideraba inferior al Cuerpo General de la Armada, donde se incluían las escalas de mando.

Los Franco constituían, en este sentido, una clase inferior pues ocupaban puestos en los cuerpos administrativos y burocráticos de la Armada. No en vano, el abuelo paterno de Cerillito, Francisco Franco Vietti, había sido intendente general de la Armada, igual que el materno, Ladislao Baamonde Ortega.

Precisamente don Ladislao, viudo de doña Carmen Pardo, ocupaba la primera de las tres plantas de que constaba la vivienda de su propiedad en la calle Frutos de Saavedra, cuando ya había nacido su nieto Francisco Franco.

La edad no perdonaba a don Ladislao, quien, para evitar las escaleras, residía en el piso más bajo. Los padres de Paquito vivían con sus hijos en las dos últimas plantas, y disponían también del desván.

En sus primeros años, Nicolás y Paquito pasaban largos ratos con el abuelo en su amplia vivienda, compuesta de comedor, despacho, salita, dos alcobas, cocina y lavabo.

Al chiquillo le gustaba acompañar al anciano marino en su despacho mientras hojeaba libros y revistas de su biblioteca, cuyos mejores volúmenes se conservaban en dos librerías cerradas con puertas de cristal en la parte superior, y alacenas de madera abajo. Varios óleos de paisajes campestres decoraban las paredes; entre ellos, uno en el que se distinguía a una hermosa vacada pastando junto a un arroyo.

El despacho daba a un amplio balcón. La sala era sencilla y austera, amueblada con un tresillo pequeño, una mesa de centro y varias sillas incómodas con el respaldo demasiado rígido. Paquito se entretuvo más de una vez con las lustrosas armaduras que parecían montar guardia entre la sala y el despacho, y que a su hermana Pilar le aterrizaraban.

Pero el auténtico hogar de Paquito y de sus hermanos empezaba un piso más arriba de la vivienda del abuelo Ladislao. En la segunda planta destacaba el comedor rectangular con una amplia mesa de roble cuadrada en tono oscuro en la que se comía a diario. Cuando había invitados, la mesa se ampliaba desplegando unos tablones.

Nada más entrar al comedor, a la izquierda, había un trincherero que hacía juego con la mesa, con una pieza de mármol muy blanco encima, estantes en la parte superior y alacenas en la inferior. La madre de Cerillito había adornado el trincherero con figuritas de plata y porcelana y algunas teteras de diversos tamaños.

A la derecha había otro mueble empotrado que llegaba hasta el techo, con vitrinas de cristal arriba y armaritos y cajones abajo. Era este aparador el que atraía a menudo las miradas codiciosas de Cerillito y de sus hermanos. Y la verdad es que era muy fácil de entender, pues a través de sus cristales los chiquillos distinguían unos frascos enormes re-